



EL TELETRÓFONO, EL CELULAR Y LA LITERATURA

CARLOS
ANDRÉS
SALAZAR

“**T**odo empezó por un número equivocado, el teléfono sonó tres veces en mitad de la noche y la voz al otro lado preguntó por alguien que no era él...”.

Así podría comenzar una anécdota cualquiera. De hecho, así es como empieza una novela de Paul Auster: *Ciudad de cristal*. Una historia en la que el teléfono se convierte en un objeto inoportuno, como lo ha sido desde su invención en la trama de nuestras vidas. Somos pocos a los que un número equivocado nos ha conducido hasta la dulce voz de una mujer desconocida, somos algunos a los que un pequeño Bart Simpson nos ha jugado una broma al preguntar por un personaje inverosímil o simplemente guardando silencio, pero somos muchos a los que

una llamada nos ha cambiado el curso normal de un día o de nuestra vida —podría darle tiempo para que piense en alguna, estoy seguro de que no tardará más de tres segundos en encontrarla en los archivos de su memoria—. Sin embargo, y al respecto llama la atención Paul Auster (2004, p.16), lo que más desagrada del teléfono es su tiranía, y tiene razón: no solo nos interrumpe en contra de nuestra voluntad, sino que es inevitable obedecer a sus órdenes.

Es casi seguro que, en 1820, ni el físico danés Hans Christian Oersted (1777-1851), ni el físico francés André-Marie Ampère (1775-1836), en medio de sus cavilaciones alrededor del electromagnetismo, presagiaron las consecuencias que tendría en la vida



cotidiana un dispositivo producto de esa inusitada teoría. Podría decirse, sin embargo, que quienes sí sabían que esta revolución iba a producirse eran Antonio Meucci (1808-1889), Elisha Gray (1835-1901) y Alexander Graham Bell (1847-1922). Estos últimos configuran una historia a tres bandas que duró más de un siglo y permite corroborar que efectivamente lo sospechaban. Con respecto a lo que enlaza a Gray y Graham Bell, está claro que esa coincidencia que los unió: la de haber presentado el mismo invento a la oficina de patentes el 14 de febrero de 1876, algo más común en la historia de la ciencia de lo que cualquiera de nosotros podría suponer. Malcolm Gladwell (2008) dedica un artículo a ese curioso asunto, nos cuenta la historia de esas simultaneidades de las que está llena la historia y presenta una lista en la que nos recuerda que en muchas ocasiones las ideas científicas parecen estar ahí, en el aire, esperando que uno, dos o hasta tres académicos azezados o inspirados las atrapen. En el caso de Gray y Graham Bell, el impase se resolvió porque este último había entregado solo unas horas antes los documentos necesarios para solicitar la patente.

Respecto a cómo se enlaza la historia de estos dos con la de Antonio Meucci, es necesario comenzar diciendo que solo hasta el 11 de

junio de 2002 la Cámara de Representantes de los Estados Unidos reconoció que fue Meucci el inventor del teléfono, por encima de las pretensiones históricas de Elisha Gray o Alexander Graham Bell. Lo otro es que siempre se consideró que, desde el inicio, la omisión de Meucci como el verdadero inventor del teléfono obedeció a intereses comerciales. El alegato que presentó el abogado de Antonio Meucci fue dilatado hasta la muerte de este. Tiempo después se demostraría que algunos empleados de la oficina de patentes prevaricaron en beneficio de Graham Bell y Western Union Telegraph Company.

Son muchos los avances técnicos por los que ha pasado el teletrófono de Meucci desde esa primera demostración en 1860. Quienes han vivido lo suficiente, por ejemplo, han tenido la oportunidad de pasar de la marcación por pulsos a la marcación por tonos; de la telefonía conmutada a la telefonía IP; de llamar con números telefónicos de cuatro dígitos hasta marcar con números telefónicos de siete. Todo eso sin mencionar siquiera los desarrollos producto de la tecnología celular. El timbre de los teléfonos ha pasado incluso de un simple *ring* a utilizar tonos polifónicos o, como sucede con los teléfonos móviles, canciones completas. Hay cierta nostalgia en todos estos cambios;

cada uno de ellos, aparte de ser una demostración de poder tecnológico, impone una nueva forma de entendernos con los demás, de pensar la sociedad. Antes, para hablar con una persona, tenías que pedir permiso a una intermediaria. Hace unas décadas no podías hablar con más de un interlocutor a la vez, hace unos años era impensable dejar a alguien esperando en la línea mientras te despedías de la otra, antes del cambio de milenio era posible memorizarse el número telefónico de una mujer que habías acabado de conocer. Y si tenías afán, debías tomar un teléfono público para llamar a casa. Las citas, el lugar y la hora eran acordados e inamovibles, no podías evadir el compromiso, mucho menos llamar para decir que te demorabas cinco minutos más. Podría decirse, era el momento del todo o nada. Durante esa época, la época “preapps”, los músicos hasta afinaban sus instrumentos o su voz con el tono que produce el teléfono mientras está descolgado.

Podría decirse que cada uno de nosotros ha establecido una relación particular con este tipo de objetos; algunos los odian, hay quienes no pueden hablar sino lo necesario, a muchos el ocasional auxilio de un teléfono les permite sentirse más que acompañados. Sus colores, sus formas también se han transformado al ritmo del arte o la moda, y todos escogemos el teléfono que, tendemos a sentir, mejor nos representa. Determinamos qué saludo es pertinente dejar en el buzón de mensajes; y cuántas peleas no se han presentado por un saludo inadecuado o demasiado estrafalario.

Sin embargo, y pese a todos estos cambios, persisten algunas de esas antiguas sensaciones que produce la comunicación por medio de este, al parecer, mágico artificio. Todos hemos sido víctimas de los nervios antes de llamar a la persona que esperamos sea nuestra enamorada, todos hemos sentido esa emoción inusitada al escuchar repicar el teléfono y al presentir que es esa la llamada esperada. No son pocos, tampoco, los que han llamado a ese amigo narrador de historias para que los entretenga un rato, o, mejor aún, han tomado el teléfono para escuchar una y otra vez esa voz que nos seduce y ante la cual, sin opción, enmudecemos. De todas esas extrañas sensaciones, producto del desarrollo de un dispositivo como el teléfono, tenemos noticia en algunas novelas y relatos que se gestaron, casi

de manera simultánea, con su posicionamiento y masificación.

Marcel Proust, tal vez como ningún otro, hace una innumerable cantidad de alusiones al teléfono en su *Búsqueda del tiempo perdido*. Y ¿cómo no hacerlo si ese aparato estaba dando una nueva dimensión a las formas tradicionales del amor y con él de la espera, de los celos, de la fidelidad, de las expectativas, de las relaciones en suma? Proust sabría sacar provecho de esa novedad para dejar un registro de lo que, comprendemos ahora, eran sentimientos inéditos y que desde ese punto y hora nos acompañaran hasta la caída en desgracia de esta civilización. Ese pequeño acústico que, afirma Marcel Proust (2007, p. 536), vio en la Exposición de 1889 y del que nunca se esperó que pudiera llegar siquiera al otro extremo de una casa, es ahora el teléfono que planea sobre las calles, las ciudades, los campos, los mares, conectando países.

Respecto a ese dispositivo que superó todas las expectativas, escribe Proust algunas de las más bellas metáforas. Hace ver incluso al interlocutor, a esa persona que se encuentra al otro lado de la línea, como una fantasma:

Y, en cuanto nuestra llamada ha resonado, en la noche llena de apariciones en la que nuestros oídos se abren solos, se oye un ruido ligero —un ruido abstracto, el de la distancia suprimida— y la voz de la persona querida se dirige a nosotros [...] Con mucha frecuencia, al escuchar así, sin verla, a quien me hablaba desde lejos, me pareció que aquella voz clamaba desde las profundidades de las que no se vuelve a subir y conocí la ansiedad que iba a embargarme un día, cuando una voz volviera así —sola e independiente ya de un cuerpo al que yo no iba a volver a ver nunca— a susurrarme al oído palabras que habría yo deseado besar al paso en labios reducidos por siempre jamás al polvo. (2005, p.137)

Podría decirse que lo que más llama la atención de Proust con respecto al teléfono es el importante papel que adquiere en la sociedad la voz y el sentido de la escucha. No es raro que a través de la voz podamos detectar el verdadero estado de ánimo de alguien pese a que insista en decir que se encuentra bien. Ahora sabemos, por ejemplo, que en la voz, en sus tonos, en sus matices, descansa un

Hay cierta nostalgia en todos estos cambios; cada uno de ellos, aparte de ser una demostración de poder tecnológico, impone una nueva forma de entendernos con los demás, de pensar la sociedad.

importante porcentaje del sentido real de lo que se dice, y también estamos seguros del hecho de que, cuando queremos conquistar a alguien, tendemos a seleccionar las palabras adecuadas, aquellas que demuestren que somos inteligentes y podemos estar a la altura del otro; eso también puede hacerse por teléfono. No obstante, esto hace que surja una nueva pregunta: ¿el uso del teléfono podría garantizar que una comunicación basada en un solo sentido pueda redundar en relaciones en las que impere la confianza? Antes de responder, es necesario recordar que la confianza es el punto máximo al que puede aspirar una relación; cuando hay una relación de confianza, sostiene David Brooks (2012, p.189), los miembros están dispuestos no solo a cooperar entre sí, sino también a sacrificarse el uno por el otro. ¿Qué tantos otros sentidos son necesarios para llegar hasta allí?

El teléfono es, como sostenía Proust en su momento (2006, p.32), un instrumento sobrenatural ante cuyos milagros nos maravillábamos y que ahora usamos, sin siquiera pensarlo, para mandar venir al sastre o encargar un helado. Un aparato que incluso nos obligó a construir y embellecer frases como “Me ha dado mucho placer oír tu voz” (p.104). Aunque, y aparte de estos insospechados beneficios, produjo la posibilidad de “imaginar comunicaciones telefónicas censurables y que sirviesen para concertar citas misteriosas” (p.376), y además creó la tortuosa espera, ese aguardar el impetuoso resonar del teléfono ante una llamada que creíamos que tarde o temprano llegaría.

Me torturaba la incesante reaparición del deseo, cada vez más ansioso y nunca satisfecho, del sonido de una llamada; tras llegar al punto culminante de un ascenso atormentado por las espirales de mi angustia solitaria, de repente oí —mecánico y sublime, como en *Tristan* el chal agitado o el caramillo del pastor— el sonido de peonza del teléfono, procedente del fondo del París populoso y nocturno, cercano de repente a mí, junto a mi biblioteca. Me abalancé hacia él: era Albertine. “¿No te molesto telefoneándote a esta hora?” “Claro que no...”, dije, conteniendo mi alegría, pues lo que decía de la hora avanzada era seguramente para disculparse por llegar dentro de un momento, tan tarde, no porque no fuera a venir. “¿Vas a venir?”, pregunté con tono indiferente. “Pues... no, si no me necesitas absolutamente”. (p.141)

¿Quién podría negar que haya pasado, alguna vez, por algo semejante? Sin embargo, ese dulce replicar del teléfono ante la ilusión de una llamada puede convertirse, a raíz de las nuevas tecnologías, en algo exasperante. Mi experiencia al respecto no es la mejor. Cada mes, por ejemplo, y debido a la sobrecarga de responsabilidades propias de cualquier trabajo, me veía en la obligación de cambiar el *ringtone* de mi celular. Creo que mi reacción ante esa incesante melodía se transformaba en esa respuesta ansiosa que exhiben los ratones de laboratorio que son sometidos a impredecibles descargas de corriente en su cerebro, con el fin de ocasionarles una inestabilidad emocional. Un mes era suficiente para que ese sonido se convirtiera en una amenaza para mi salud, para mi bienestar, y se me hacía necesario cambiarlo por uno nuevo, quizás un poco más *piano*. Todo esto tiene mucho que ver con la dictadura que ejerce ese aparato, sea fijo o móvil, y como con él seguramente con muchos otros dispositivos desde su invención.

Pero recordemos cómo era el proceso en ese entonces, cuando el teléfono era todavía una novedad. Y ¿por qué vale la pena recordarlo? Porque tanto para Marcel Proust como para Juan Carlos Onetti, quien deja noticia de su sorpresa y nostalgia, en un relato que tiene por nombre *Matías el telegrafista*, ese mecanismo causaba sorpresa y producía el prodigio de encontrar, en otro lugar

Marcel Proust, tal vez como ningún otro, hace una innumerable cantidad de alusiones al teléfono en su *Búsqueda del tiempo perdido*.

del mundo, sin moverse del propio, a alguien con quien hablar. Hace solo quince años, tal vez, con la masificación de los teléfonos móviles, la humanidad alcanzó a tener esa misma sensación. Hace un poco más de cincuenta años, para encontrar a alguien al otro lado de la línea era necesario hablar con una operadora —todas eran mujeres— e indicar a dónde y con quién quería hablarse, y esa intermediación, sentía Marcel Proust, era de un carácter tal que rayaba con la divinidad.

Para que se realice ese milagro, basta con que acerquemos los labios a la tablilla mágica y llamemos —a veces durante un rato demasiado largo, lo reconozco— a las Vírgenes Vigilantes, cuya voz oímos todos los días sin conocer jamás su rostro y que son nuestros ángeles de la guarda en las tinieblas vertiginosas cuyas puertas vigilan celosamente; las Todopoderosas gracias a las cuales los ausentes surgen a nuestro lado, sin que se pueda verlos; las Danaides de lo invisible que sin cesar vacían, llenan, se transmiten las urnas de los sonidos; las irónicas Furias que, en el momento en que susurrábamos una confidencia a una amiga, con la esperanza de que nadie nos oyera, gritan crueles: “Al habla”; las sirvientas siempre irritadas por el misterio, las recelosas sacerdotisas de lo invisible, ¡las señoritas del teléfono! (2005, p.136)

Onetti coincide con Marcel Proust en el hecho de que, al parecer, pese a ser un evento cercano a lo mágico, el tiempo que era necesario esperar para poder establecer contacto se dilataba hasta lo insoportable. Igual que nosotros sentimos como una eternidad la espera para que alguna página de internet termine de cargar o que el celular, luego de decirle a quién debe llamar, repita el número,

haga una pausa y, por último, comience a repicar. Todo esto, por supuesto, se hace más apremiante cuando eres un telegrafista al que el teléfono amenaza con quitar el trabajo y, por primera ocasión, te ves obligado a llamar a tu novia, al otro lado del mundo, porque está cumpliendo años, como sucede en el relato de Juan Carlos Onetti.

No sé cada cuántos segundos y durante cuántos minutos la mujer me estuvo diciendo: “No se retire; llamando”, o palabras equivalentes. Y entonces hasta el mismo Matías tuvo que alzar los ojos y apreciar el milagro que se iba extendiendo en la pared que era un planisferio. Vimos encenderse, allí mismo, en Hamburgo, la diminuta lámpara enrojecida; vimos otra que iluminaba Colonia; vimos sucesivamente, a veces con parpadeos, otras nuevas con una segura velocidad inverosímil; París, Burdeos, Alicante, Argel, Canarias, Dakar, Pernambuco, Bahía, Río, Buenos Aires, Santa María. Un tropiezo, un vaivén, la voz de otra señorita; “No se retire, llamando a Pujato, tres uno cuatro”. (1975, p.272)

De cualquier forma, queda demostrado que muchas de esas sensaciones, que creemos exclusivas, se han repetido una y otra vez desde que el teléfono se puso a disposición de la humanidad y su fuerza no se atenuará mientras la tecnología encuentre nuevas formas de mantenernos conectados con los demás. ■

Carlos Andrés Salazar (Colombia)

Magíster en Hermenéutica Literaria de la Universidad Eafit. Ingeniero de control. Docente e investigador de la Universidad Eafit. Miembro del grupo de investigación en modelado matemático.

Referencias

- Auster, Paul (2004). *Ciudad de cristal* en *La trilogía de Nueva York*. Barcelona: Anagrama.
- Brooks, David (2012). *El animal social*. Barcelona: Ediciones B.
- Gladwell, Malcolm (12 de Mayo de 2008). In the air. *The New Yorker*. Disponible en http://www.newyorker.com/reporting/2008/05/12/080512fa_fact_gladwell?currentPage=all
- Onetti, Juan Carlos (1975). *Cuentos completos*. Barcelona: Círculo de lectores.
- Proust, Marcel (2005). *La parte de Guermantes*. Barcelona: DeBolsillo.
- Proust, Marcel (2006). *La prisionera*. Barcelona: DeBolsillo.
- Proust, Marcel (2007). *Sodoma y Gomorra*. Barcelona: DeBolsillo.